

Para el día
de todos San-
tos.

pues que han cumplido todos los preceptos, y seguido todos los consejos de el Evangelio millones de Santos, ¿no vienen à ser sus exemplos otros tantos argumentos que no tienen réplica? ¿Qué podremos responder à esta multitud de testigos, que desde lo alto de la gloria deponen unicamente, que se santificaron por los mismos medios que nosotros tenemos para santificarnos? ¿Los podremos desmentir despues que nos lo aseguran, y despues de haberlo ellos experimentado? Mirad solo las palmas que traen en las manos: esas palmas son la señal de sus victorias, y sus victorias son la prueba de los poderosos socorros que Dios nos dá.

¿Pero, oyentes míos, quereis una demonstracion completa, no solo del poder que tenemos para alcanzar de nosotros mismos las victorias mas señaladas, sino un total convencimiento de que sabemos nosotros mismos que logramos este pleno poder? Pues yo saco esta demonstracion y convencimiento de aquel espíritu de censura, y aun de malignidad, que teneis para no perdonar nada aun à los mas ajustados. Si un hombre desengañado del mundo y que se retira de él, viene à la Corte alguna vez, le teneis por hombre inconstante, y juzgais que no le podeis perdonar. Si otro levantó en medio de la Corte el estandarte de la piedad, la menor falta, y que sería en vosotros virtud, la haceis el mayor delito. Si un Sacerdote, ó un Religioso se aparta en una sola ocasion de aque-

aquella buena crianza de su estado, no os acordaís de él sin indignacion, ni hablais sino con agrura de sus modales. Si un Predicador no practica à la letra toda aquella perfeccion que enseña, le despedazais tan vivamente, como él reprehende y satyriza al vicio. Querriais que todos fueran perfectos, y es de desear; pero llevando mal que no lo sean otros, ¿no confesais que está en su mano, y que no les falta sino sola la voluntad? ¿no confesais que tienen todos los medios, y que abundan de socorros? ¿no confesais que está en su mano llevar adelante la resolucion que tomaron? Luego si ellos pueden con la gracia llevar adelante el designio que formaron, ¿por qué no podreis vosotros? ¿por qué no sereis reprehensibles y condenados en el tribunal Divino, por no haber formado y cumplido el mismo designio? No, no: decid que resistis à los socorros que Dios os dá, y no digais que os los niega. El mal es, que abusais de todos los medios con que os assiste para santificaros: que si os ilumina el alma, endureceis el corazon: que murmurais, si os empobrece: que si os enriquece, abusais de los mismos bienes que os franque: que si os humilla, os ensalzais: que si os levanta, os ensoberveceis: que si os sigue, huiis: y que si os castiga, os rebelais: por lo demás es forzoso decir, que tenemos los mismos socorros que tuvieron los Santos, y que nos instan los mismos motivos para serlo.

Para el día
de todos San-
tos.

Una

Para el día
de todos San-
tos.

Una corona de gloria, que tiene à Dios por fiador; la posesion de Dios por objeto, y que durará mientras dure Dios; esto es lo que dice el Apostol, que es tal y tan grande, que ni los ojos vieron, ni los oídos escucharon, ni el corazon de el hombre la pudo comprehender semejante. Pero al mismo tiempo añade, que esta soberana felicidad fue en la que los Santos pusieron los ojos, y à su vista lo sacrificaron todo. Poseer à Dios para siempre, fue lo que los obligó à aspirar à la santidad; y este motivo solo los pudo hacer dignos de ella. De aquí procedia la obediencia à sus Señores, el agrado con las personas que trataban, la fidelidad à los que se la habían jurado, la amistad, aun con los enemigos mismos. Sabian que nunca fue el Reyno de los Cielos herencia del nacimiento noble, ni premio de los bienes de fortuna; que no lo debe Dios, ni à las ventajas del entendimiento, ni à las qualidades del cuerpo, ni al resplandor de las dignidades, ni à la distincion de los empleos. Sabian que sola la santidad es la que tiene el derecho adquirido para entrar al Cielo, y con la mira de conseguirlo, vinieron à ser Santos.

¿Por qué, pues, no nos santificaremos nosotros por este mismo motivo? ¡Ah, oyentes míos! ¿esperais de los hombres vuestra felicidad? Por lo que à mí toca, pienso que en mucha parte la injusticia y la ingratitude de los hombres era la que os habia de hacer suspirar por el Cielo.

su U

lo. ¿Habeis olvidado la poca justicia que os hacen, sus injustas preferencias, los juicios falsos que forman de vosotros, lo mal que hablan y el espantoso olvido en que os dejan? Vosotros lo decís todos los dias: en este miserable mundo todo se concede à la solicitud y al favor, los mayores servicios se quedan sin recompensas, algunas veces pone todo el cuidado el que ha de premiar en separar de sí el merito verdadero; y muchas veces se corona el delito con los mismos grados de honor que le eran debidos à la virtud. Estos son vuestros discursos. ¿Por qué, pues, abandonais una recompensa segura, por correr tras una recompensa incierta? Toda la felicidad la poneis en gozar de la vida; y acaso renunciariais el gozar para siempre de Dios, si os quisiese dejar en este mundo. Y yo digo, que las miserias de este mundo eran las que os habian de hacer suspirar por el Cielo. Si tenemos la felicidad de ir allá, no habrá, ni deseos que nos inquieten, ni miedo que nos turbe, ni mal que nos aflija. Contentos con ver à Dios, y seguros de no perderle, nuestra felicidad será perfecta. Pero acá abajo, ¡qué de males nos asaltan! Nuestra vida, hablando con propiedad, ¿no es una especie de muerte continuada? ¿Tenemos un dia solo libre de pesares que nos roen, y sin que necesitemos de consuelo?

Cuesta mucho, decís, el ser Santos. ¿Pero cómo lo sabeis, para hablar tan afirmativamente, y para asustaros tanto? ¿Lo habeis experimen-

Tom. IV.

S

ta-

Para el día
de todos San-
tos.

Para el día
de todos San-
tos.

tado alguna vez? Cuesta ser Santos; ¿y cuánto le costó à Christo el hacernos Santos? ¿No les costó tambien el serlo à estos Santos que invocamos oy en la gloria? ¿El Cielo no merece algun trabajo? Cuesta el ser Santos: convengo con vosotros en ello; y aun cuesta mucho, segun dice el Salvador, desde la venida de San Juan Bautista: *A diebus Joannis Baptistæ Regnum Cælorum vim patitur.* ¿Pero por qué ha de costar mas desde la venida de San Juan Bautista? ¿Acaso antes de San Juan Bautista no habia obligaciones que cumplir, peligros que evitar, ingratos, ni fastidiosos que sufrir? ¿No habia antes de San Juan Bautista ley que guardar, ò acaso era tan facil, que no se cuente entre los transgresores un Caín por fraticida; un Saúl por desobediente; un David por adultero; un Salomón por idólatra; un Herodes por incestuoso? ¿Por qué, pues, aora cuesta mas? Es, dice San Eucheró, porque la Ley nueva es mas perfecta, y por consiguiente, es mas dificil llegar à su perfeccion; y asi, lejos de negar esto, lo establezco aqui como principio. Cuesta el ser Santo; pero ¿y qué es lo que no cuesta en el mundo? ¿No cuesta sudores y fatigas el juntar grandes riquezas, ò el conservarlas? ¿No os cuesta cuidados y desvelos manteneros en los honores, ò adelantarlos? ¿No os cuesta sustos, è inquietudes gozar vuestros placeres? Cuestaos tanto cada dia, que si hubierais hecho la decima parte por Dios, de lo que habeis

hecho por el mundo, seriais ya grandes Santos. Para el día
de todos San-
tos. *202*
¿Cosa pasmosa! grita San Chrisostomo: aun-
que cueste mucho, todos procuran perfeccionarse en aquellas ocupaciones que exercen en la vida. El uno se consume sobre los libros, para llegar à ser sabio: el otro se pone à la frente de mil muertes, para llegar à ser gran Soldado. Este se aflige con desvelos, para adelantarse en consejos; aquel se deshace en discursos, para brillar con nuevos descubrimientos: y generalmente todos se esfuerzan à obscurecer, adelantandolos, aun los mas perfectos modelos. ¡Y no se hallará uno entre tantos Christianos, que se aplique à perfeccionarse! Señor, si no se gustáre en la Corte de esta importante verdad, à lo menos no se ignore. Todos podemos ser Santos: ya lo haveis visto. Y aora vereis en el segundo punto, que no hay estado en que no pueda el hombre santificarse.

PARTE SEGUNDA.

NO niega el mundo, que se hallen entre nosotros algunos estados de vida en que es al hombre posible, y aun facil santificarse. Concede sin dificultad, que en el silencio y recogimiento de la soledad, en los afanes y trabajos en que se ocupa el zelo, y en el exercicio de la penitencia y oracion, se puede llegar al mas alto grado de santidad: y aun se pasma el mundo mismo, que en profesiones por